

JUAN CARLOS ALDIR

**DONDE
EMPIEZA
LA NOCHE**

Es inútil creernos hijos del Sol:
Todos llevamos adentro la noche.

JOSÉ EMILIO PACHECO, *La noche*

Había este gran acantilado y más allá no había nada más que oscuridad, aunque el sol brillaba en el campo por donde yo corría. La luz del sol se detenía en seco al borde del acantilado y más allá solo había tinieblas. «Ahí debe ser donde empieza la noche», pensé.

ROALD DAHL, *Pan comido*

CAPÍTULO 1

Miércoles 21 de octubre.

Tras la mirilla del departamento de enfrente

Es un hecho que respira, pero no le queda claro si aún está vivo. Y en caso de que lo esté, es aventurado calcular por cuánto tiempo habrá de conservar esa condición.

Bruno acecha detrás de la puerta. Permanece inmóvil. Realiza un esfuerzo desmesurado por mantener a raya la respiración que amenaza con desbordarlo. Debe evitar el mínimo ruido para no ser descubierto. Al mismo tiempo mantiene el ojo derecho fundido en la mirilla para no perder detalle. Tres individuos revientan la chapa del departamento de enfrente y entran empuñando sus armas, en espera de encontrarlo en el interior.

Los hechos suceden en la colonia Roma de la Ciudad de México, en el edificio donde ha vivido los últimos siete años, desde que decidió independizarse. Tercer piso. Al fondo del pasillo se aprecian las últimas puertas de este nivel. Una frente a la otra. Los desconocidos destrozan la chapa del 305, su casa hasta este instante, mientras él los observa desde el interior del 306, enfrente. Tener las llaves de esta vivienda sin habitar le ha salvado la vida, al menos por el momento.

Pero remontémonos unos minutos atrás. Bruno estaba en su departamento preparándose una sincronizada. Decidió comer, más para tener algo en el estómago que por sentir verdadero apetito. Llevaba tres días de vivir en el infierno y su sistema digestivo em-

pezaba a somatizar el estrés y la desesperación. Revisaba con desgano el diario del día anterior, a pesar de sabérselo ya de memoria.

Lo distrajo la vibración de su celular. Al ver la pantalla, se encontró con un mensaje de texto enviado por Jano: «Ya tengo tu encargo. Cuando quieras pasa por él».

Eran magníficas noticias. Ahora podría seguir adelante con su plan de largarse bien lejos con esa montaña de dólares que de forma repentina e inesperada había llegado a su vida.

Complementó su almuerzo con una manzana y una galleta de granola. Mientras lavaba el plato y los cubiertos, fue consciente del agotamiento acumulado en cada célula de su organismo. Decidió que tomaría una siesta, para más tarde bajar un piso, visitar a su amigo, beber una cerveza con él y recoger *su encargo*. Pero sus planes de reposo fueron interrumpidos de nuevo por el teléfono celular. Ahora era una llamada, también de Jano.

Frunció el ceño con sorpresa. Al responder solo escuchó gritos: «¡¿Dónde está el puto dinero?!». Luego la voz titubeante de Jano: «¿Qué dinero?». «¡No te hagas pendejo, el que te chingaste el sábado!». Se oían cajones y puertas que se abrían y azotaban. «No sé de qué me habla». Golpes, objetos que se rompen, lamentos que debían ser de su amigo.

Un hoyo de proporciones colosales se formó en el centro de su vientre. Alguien torturaba a Jano para que entregara cierto dinero. ¿Se trataría de una cuenta pendiente de Jano o de la bolsa llena de dólares que Bruno había robado cuatro días atrás? Semejantes casualidades no existen. Debía tratarse del mismo dinero que tenía oculto en la parte alta del vestidor, acomodado acuciosamente en una maleta de deporte.

Ni siquiera estaba sorprendido, había sucedido lo evidente: don Hipólito lo vendió a los delincuentes a cambio de unos pesos. Lo más probable era que estos se hubieran confundido de departamento e intentaran localizarlo un piso abajo. Imaginó el rostro de Jano cuando unos desconocidos de facciones siniestras comen-

zaron a torturarlo buscando algo que jamás había visto. Supuso que unos segundos antes, al comprender la amenaza que se cernía sobre él, marcó el número de su mejor amigo, esperanzado de que pudiera ayudarlo. Pero ¿qué podía hacer Bruno por él? En el mejor escenario, esa alerta solo serviría para salvarse a sí mismo.

La situación dio un vuelco cuando una de las voces desconocidas dijo: «No mames... el pinche celular está prendido». «¿A quién le marcaste, hijo de tu puta madre?». Más golpes, más quejidos, más lamentos. Una voz tosca y grave irrumpió: «¡¿Quién habla?! ¡¿Quién está del otro lado?!... ¡Te vas a morir, hijo de tu puta madre! ¡Ya sé que eres... Bruno, horita vamos por ti!». Y colgaron.

Con los métodos utilizados, ¿cuánto les tomaría obligar a Jano a decirles dónde estaba?, ¿cuánto tiempo podía necesitarse para subir un piso, recorrer el pasillo y reventar su puerta? Bruno no titubeó. Tomó su chamarra, su celular, la bolsa con el dinero y una pistola con tres balas que había robado al mismo tiempo que los dólares. Una serie de detonaciones se escucharon por instantes eternos gracias al eco que provocaron el pasillo y el cubo de la escalera. Tal parecía que al fin Jano les había dicho a los asesinos lo que esperaban escuchar. El tiempo del que disponía se agotaba sin remedio.

Salió con la intención de huir, pero escuchó pisadas en la escalera. La única alternativa que le quedó fue guarecerse en el departamento de enfrente. Estaba vacío. Se había comprometido a entregarlo a la administradora al día siguiente y por eso tenía la llave. Así que, si lograba mantenerse en silencio, era posible que sobreviviera... por ahora. Cerró con cuidado, depositó sus magras pertenencias muy cerca de la entrada y se instaló tras la mirilla.

Luego de romper la puerta a patadas, los tres tipos entran en el departamento de Bruno. Escucha que abren y cierran cajones, azotan puertas. Pasan algunos minutos que le parecen intermina-

bles. Una vez que salen, permanecen en el umbral, donde dialogan entre sí en voz baja. Bruno los observa tras la mirilla. Se esfuerza por afinar el oído y descifrar los murmullos. Quien se comporta como el líder no oculta su furia. «Putá madre, ¿dónde se metió este hijo de la chingada?». El regordete moreno complementa. «Se escapó por pelos. El pinche sartén todavía está caliente». El jefe intenta mostrar serenidad. «Háblale al Morita y al Misterios. Que se queden a vigilar el edificio. En una de esas el muy pendejo regresa más tarde». Con un movimiento de hombros resalta el hecho de llevar consigo una computadora portátil bajo el brazo. «De todos modos lo tenemos de los güevos... Y si no, en cuanto se empiece a gastar los dólares...». El más delgado del grupo interrumpe. «Yo diría que nos vayamos a la chingada. Con el escándalo de abajo no tardan en llegar los tiras». El líder asiente e inician el recorrido hacia el cubo de la escalera, donde sus pisadas se pierden.

Bruno respira aliviado, pero no puede quedarse aquí para siempre. Como bien apuntó el delincuente, no pasará demasiado tiempo antes de que el edificio esté lleno de policías y le será muy complicado explicar por qué lleva consigo una mochila repleta de dólares.

Leonardo Herrera

¿Cómo fue que Natalia Pizarro se infiltró en tu existencia de una forma tan profunda hasta trastocarla en todos sus ámbitos? Por más esfuerzo que haces, no te viene a la mente una respuesta.

Cuando se dio el primer contacto entre ustedes, ya sabías de ella desde hacía tiempo. No puedes negarlo, siempre te atrajo y no era para menos. Su presencia resultaba impactante y en las reuniones sociales donde llegaban a coincidir, aun sin dirigirle la palabra, no eras capaz de quitarle la vista de encima. Alta, de ojos azules y profundos, con ese cabello largo color caramelo que le escurría por los hombros delicados y firmes. Su boca grande y expresiva, su cuerpo esbelto, de curvas sutiles pero de una feminidad que atraía sobre sí todas las miradas.

Como hija de una de las familias más connotadas de México, era muy conocida en sociedad. Pero lo fue todavía más luego de enviudar y casarse con don Patricio Lavín, uno de los hombres más poderosos e influyentes del país, referente obligado en el negocio del periodismo, la mercadotecnia, las encuestas y los medios de comunicación.

Es curioso que tu vínculo con ella haya sido Sandra, tu propia esposa, que es ahijada del señor Lavín, pero a veces la vida es así, caprichosa e intrincada. A pesar de ser en apariencia competidores, entre él y tu suegro siempre primó una relación de camarade-

ría y amistad, por lo que el matrimonio Patricio-Natalia resultaba conocido, aun cuando tu contacto directo con ellos era cercano a lo inexistente.

Desde antes de la boda con Sandra empezaste a trabajar en el periódico de tu suegro. Luego de un inicio lleno de obstáculos, poco a poco adquiriste responsabilidades y funciones hasta convertirte en el alma de la redacción. Llegaste a ser, pésele a quien le pese, el que en realidad hacía al diario viable y uno de los más respetados del país, aunque jamás fuiste valorado ni por don Eugenio ni por tu mujer. Sí, aquel desprecio te dolía y mucho, pero lo resistías con estoicismo ante la convicción que ésa era la vida que te había tocado... hasta que llegó Natalia a ofrecerte un nuevo panorama.

Hoy te parecen tiempos muy lejanos, pero cómo olvidar aquellas reuniones familiares en las que tu suegro, con ese tono tan campechano y escandaloso, se dirigía a Sandra como si tú no estuvieras presente: «¿Y qué te digo de tu maridito? El infeliz es más güevón y más improvisado que el güey que inventó la bandera de Japón. Seguro que el pendejo ese también era mexicano. ¿Te lo imaginas, Pecas? ¡No mames!, ¿a poco era para hoy?... Dile al emperador que aguante tantito, que falló la impresora, dile cualquier sandez, pero que orita se la entrego. Y ve nomás con la mamada que les salió. Eso sí, le ha de haber echado un rollo a toda madre del sol que nacía, el imperio más chingón de la historia y cuanta pendejada se le ocurrió para salir del paso».

Te enfureció que te ignorara, que te avergonzara enfrente de tu mujer, de tu suegra, de tus sobrinos, así que trataste de ponerlo en su lugar. «Burlarse de la bandera de un país demuestra gran ignorancia, y mucho más si se trata de uno de la tradición e importancia de Japón. Ya quisiéramos los mexicanos tener una cuarta parte de la grandeza milenaria de ese pueblo». «¡No le hables así a mi papá! Más bien deberías de aprender de su sentido del humor. Solo fue un chiste, Leo, no la friegues». «Ahí lo tienes, Pecas... Un dolor de güevos de tiempo completo. ¿Ves por qué no se le puede

aguantar? Tan pinche amargado que hasta tiene que desmadrar una buena broma. Para que te lo sepas, los mexicanos, además de tener una bandera más bonita, somos tan chingones como el que más. Lo que pasa es que a veces nos da güeva demostrarlo. Pero el día que nos decidamos, ya verás, cabrón». «Pues más nos vale que sea pronto». «Ya, Leo, cómete tu filete».

Por eso la propuesta que te hizo Natalia te deslumbró y te sedujo desde el principio. Un buen día te llamó al celular y te pidió que se reunieran, aunque hizo gran énfasis en que nadie debería enterarse. Por un momento pensaste que podía ser una broma. Te citó en uno de sus hoteles. Su asistente te recibió en el *lobby* y te acompañó hasta un privado del primer piso. A los pocos minutos, Natalia apareció con una enorme sonrisa y se sentó frente a ti, mirándote con atención y curiosidad.

«Quiero proponerte algo. Desde luego no estás obligado a aceptar, pero es indispensable que comprendas que sea cual sea tu respuesta, esta conversación no sucedió nunca». La gran Natalia Pizarro se dirigía a ti para hacerte una proposición secreta, aquello no podía ser más excitante. Aceptaste la confidencialidad solicitada y a partir de ese momento tu vida jamás volvió a ser como era. En ningún sentido.

Bruno Dorantes

Hay ocasiones en que uno puede reconocer las encrucijadas que nos presenta la vida en el momento en el que aparecen, pero muchas otras no se comprende la trascendencia de un acto hasta mucho tiempo después. Otras más, el flujo de los acontecimientos parece llevarnos sin preguntar nuestra opinión, convirtiéndonos en espectadores y víctimas de nuestra propia existencia.

En mi caso, mi padre nos abandonó a mi madre y a mí desde antes de que yo naciera. ¿Qué podía hacer al respecto? Ese hecho marcó mi vida para siempre. Durante mis primeros años, Leslie Dorantes, así se llama mi madre, me crio sola. Fue cantante, actriz, peinadora de estrellas de televisión y hasta vendedora de bienes raíces. Tuvo varios novios o acompañantes o como se les quiera llamar, pero nunca se comprometió con ninguno. Era una mujer muy hermosa y no le faltaron pretendientes de alto nivel socioeconómico, aunque, por razones que jamás entendí, ella siempre estuvo preñada de mi papá, a pesar de haberla botado en pleno embarazo para casarse con otra. Así las cosas, mi vida dio un vuelco cuando tenía dieciséis años: un día, mamá me salió con que estaba embarazada.

Lo más sorprendente del caso es que afirmaba que el hombre en cuestión era, ni más ni menos, mi padre. Yo ni siquiera lo conocía y ahora resultaba que se habían encontrado *por casualidad*, se

habían reconciliado y planeaban que nos convirtiéramos en la familia que siempre debimos ser. Me aseguró que muy pronto lo conocería porque se había comprometido a dejar a su esposa actual para mudarse con nosotros. Incluso para un adolescente ansioso por recuperar una figura paterna inexistente, aquella historia resultaba difícil de creer. No tuve que lidiar demasiado con el asunto porque unas semanas después un infarto fulminante lo mató, lo que impidió comprobar si cumpliría con su promesa.

Los últimos meses de su embarazo, mamá estuvo inconsolable. Solo el nacimiento de Fabia la alegró un poco. Fue ahí que tuvo lugar uno de los acontecimientos más importantes de mi vida: apareció mi padrino, don Patricio Lavín.

La tarde que lo vi por primera vez, mi mamá me obligó a que me quedara en la casa asegurándome que recibiríamos una visita muy importante. Nos sentamos en la sala a esperarlo y, cuando por fin llegó, a mí me pareció descomunal. Alto, con su traje gris oxford impecable, con la ceja izquierda levantada, con sus labios finos y su bigote acuciosamente recortado. No volví a verlo con bigote, pero esa imagen no se me borró jamás. Recuerdo que entró en la sala, caminó en mi dirección y se quedó como de piedra. «'Ta madre, mijo, eres idéntico a tu papá». Mamá asintió, liberando un par de lágrimas y abrazando con fuerza el diminuto cuerpecito de Fabia.

Cuando días más tarde vi las fotos que me mostraron de mi papá, no fui capaz de entender a qué se refería don Patricio cuando dijo que éramos igualitos. Pero no había que ser un genio para darse cuenta de que en toda aquella situación había algo misterioso y truculento, y que ambos estaban decididos a mantener la verdad oculta. A pesar de mi corta edad, tenía muy claro que no puedes perder lo que nunca tuviste, así que decidí dejar el asunto por la paz y no volver a cuestionarlos. Si decían que el hombre de las fotos era mi padre, pues así sería. Si encima afirmaban que éramos idénticos, pues lo éramos y punto. ¿Qué más daba?

Con la aparición providencial de Patricio Lavín la figura paterna quedó cubierta como jamás lo estuvo y mi vida, la de mi madre y mi hermana se transformaron para bien. En retrospectiva puedo decir que el mejor servicio que mi padre le hizo a la familia fue morir en el momento en el que lo hizo.

Una tarde, don Patricio apareció por la casa y me pidió que fuera con él. Abordamos un auto muy lujoso, conducido por un chofer uniformado, y nos dirigimos a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Lo recibieron con una familiaridad intimidante y nos dieron una mesa en la esquina.

Mientras comíamos patillos franceses, aquel hombre me dio una larga explicación sobre mi padre que más de una vez estuvo a punto de hacerme llorar de la emoción. Al parecer habían trabajado juntos por muchos años y la noticia de su muerte lo había cimbrado. «Más que un colaborador, era mi amigo».

También me confirmó que se había enamorado de mi madre muchos años atrás, pero que su situación de vida le había impedido estar presente para mí. Con la llegada de mi hermana Fabia, las cosas serían distintas, hasta que inesperadamente murió. «Ya no se pudo, mijo. La vida es cabrona a veces, pero a partir de este momento nada te va a faltar». Sin embargo, don Patricio se quedó pensativo por unos instantes. «Solo hay una pequeña situación», se detuvo un momento mientras se rascaba la barbilla. «Por cuestiones que no puedo explicarte, pero que tienen que ver con tu propia seguridad y la de tu madre, nuestra relación tendrá que mantenerse en secreto. Yo estaré siempre para lo que necesites, pero en público ni me conoces. ¿Puedo confiar en que vas a respetar esto que te pido?». La solicitud me pareció incomprensible, pero, ¿cómo negarme? «Claro, don Patricio, se lo prometo». «No, dime padrino. Aunque no fuimos a la iglesia y te eché el agua, desde este momento lo soy, lo mismo que de tu hermana».

En una ocasión me llevó al cementerio a visitar la tumba de papá. Fue una tarde lluviosa y de mucho viento. Yo recién había

cumplido veinte años. Me sentí extraño observando aquella lápida: «Agustín Ocampo Quiroz (1944-1993)».

«O sea que en realidad soy Bruno Ocampo». «No, no la chingues, mijo. No empieces con enredos. Tú eres Bruno Dorantes. No en balde Leslie siempre se rompió la madre por ti, para que ahora te quites el apellido. Agustín fue tu papá, pero ya no está. Las cosas son como son y no te traje para que te hagas más camotes, sino para que sepas dónde descansa. No te voy a inventar mamadas. Nunca hablé de esto con él, pero conociéndolo estoy seguro de que, a su manera, pero te quería». *A su manera*, me repetí en silencio una y otra vez, tratando de no exteriorizar la furia que me hizo hervir la sangre al preguntarme qué manera sería esa que, durante los dieciséis años que coincidimos en esta vida, jamás lo condujo cuando menos a conocerme.

Lo que nunca me quedó claro fue la verdadera razón por la que mi padrino sentía hacia mi hermana y hacia mí esa devoción a toda prueba. Ante tantas inconsistencias y misterios, durante un buen tiempo abrigué la esperanza de que él fuera nuestro verdadero padre. Incluso fantaseé con que un día, al mero estilo de una telenovela, nos confesara entre llantos a Fabia y a mí que por nuestras venas corría la sangre Lavín.

Al convertirme en adulto, aquellos sueños de opio se disolvieron en el aire, y dejaron en su lugar esperanzas más prácticas. No era nuestro padre, pero quizás él y mamá fueran amantes. Nunca encontré ningún indicio de que esto pudiera ser así, por lo que terminé por abandonar también esa ilusión.

Lo cierto es que él se encargó de sufragar las necesidades de la familia. A mi madre le había ayudado a conseguir un buen puesto como ejecutiva en una fundación filantrópica en la que lleva trabajando varios años. A mi hermana Fabia, que a la fecha está en preparatoria, le deposita cada mes el importe de la colegiatura y un generoso excedente para el resto de sus gastos.

Gracias a él siempre asistí a buenas escuelas y me recibí como administrador de empresas, aunque jamás trabajé en nada relacio-

nado. Al terminar mis estudios me di cuenta de que mi auténtica vocación eran las letras y decidí convertirme en escritor. Generoso, como siempre, también me solapó en esa aventura. Cuando decidí independizarme, porque un artista de verdad no puede vivir bajo las faldas de su madre y de su hermana, me ayudó a conseguir un departamento muy agradable en la colonia Roma. También me asignó una mensualidad decorosa para que pudiera dedicar mis esfuerzos a materializar mis fantasías escribiendo novelas.

Pero mi creatividad avanzaba con excesiva lentitud, por no decir que no avanzaba en lo absoluto. Me pasaba los días tirado en el sillón leyendo un libro tras otro, haciendo supuestas investigaciones en internet para construir mis historias y emborronando páginas y más páginas con notas para futuras obras maestras que jamás llegué a escribir.

Sandra Merino

Hubo una época en la que pensé que Natalia Pizarro era una amiga verdadera. Durante aquel viaje que hicimos juntas a Nueva York le conté cosas que jamás le había dicho a nadie y le hablé con una sinceridad tan profunda que incluso me costaba trabajo hablarme así a mí misma. Pero ese acto de abrir mi corazón y mi intimidad a la persona incorrecta tuvo sus consecuencias.

Tendrá unos diez años más que yo. Era esposa de Carlos Uribarren, el antiguo socio de mi padrino Patricio. Aunque no convivimos mucho ni con ella ni con Carlos, desde luego que la ubicaba perfecto desde siempre. Hasta que, un buen día, enviudó.

Algún tiempo después, mi padrino, que siempre fue amigo muy cercano de mi papá, tuvo que divorciarse tras ser descubierto en plena infidelidad con una pseudoactriz de segunda. Un bochorno espantoso para la familia, muy en especial para mi madrina Albertina.

Como era de esperarse, la relación con aquella *vedette* de pcotilla no duró y en pocos meses estaba solo de nuevo y de pronto, para sorpresa de todos, anunció con bombo y platillo que se casaba con la tal Natalia, la viuda de su exsocio y amigo.

Si ya de por sí a mi papá no le simpatizaba cuando aún vivía su primer marido, al casarse con mi padrino no la soportaba. Según él, lo había cambiado, lo manipulaba y hacía con él lo que quería.

Mi papá siempre desconfió de los hombres detallistas con sus mujeres y, sin duda, desde que se casó con Natalia, mi padrino es capaz de besar el suelo que ella pisa.

Lo cierto es que siempre lució como una mujer fuerte y seductora, y cuando se acercó a mí ofreciéndome su amistad, me sentí halagada. Mucho más cuando un poco después me invitó a formar parte de la Cofradía de Eros.

Ella era importante, rica, famosa entre la alta sociedad de México, y yo apenas una joven que rondaba los treinta años, con dos hijos pequeños y un marido del que estaba cada vez más distante.

Mi primer vínculo directo con Natalia viene de junio de 2004. Coincidimos porque tanto el enorme grupo de medios que ella y mi padrino dirigen, como el periódico de mi papá y algunos otros diarios, acordaron llevar a cabo una cobertura conjunta a la marcha que habían convocado varias organizaciones civiles y donde cientos de miles de ciudadanos vestidos de blanco se manifestarían en contra de la delincuencia.

Leonardo se había quedado en el periódico a preparar la edición del día siguiente y mi papá me pidió que lo acompañara a una junta en la que platicarían los últimos detalles. Nos reunimos en las oficinas de mi padrino en Polanco y, luego de la junta, él y mi papá se encerraron a hablar. Mientras tanto, Natalia me invitó a que la acompañara a sus oficinas, a una calle de ahí, desde donde dirige una poderosa ONG a favor de la igualdad de género y los derechos de la mujer, así como una enorme fundación de apoyo al arte. Estuvimos platicando como dos amigas de años y desde ese día coincidimos en algunos eventos sociales e incluso nos vimos para comer en varias ocasiones, con otras amigas o solas. Aquella reunión circunstancial fue el germen que luego derivó en una amistad que yo supuse verdadera.

Casi dos años antes había tenido a nuestro segundo hijo, Leonardo. Por ese tiempo, mi matrimonio permanecía en una cómoda normalidad rutinaria. Cómoda y no, según se viera, porque se

trataba de una estabilidad a la que más bien podía llamársele estancamiento.

Leo trabajaba en *El Faro Nacional* bajo las órdenes de mi papá, y aunque tenían ciertas diferencias de vez en cuando, funcionaban con una aceptable armonía. De pronto, de buenas a primeras, Leonardo anunció que dejaba el periódico y se asociaba con no sé quién para formar un nuevo grupo de medios, que tendría entre sus activos periódicos, revistas y hasta un sello editorial del que él sería director general y socio.

Ni mi papá ni yo lo podíamos creer. Primero, no teníamos ni idea acerca de quién formaba ese grupo de supuestos inversionistas. Y segundo, Leo era responsable y buen trabajador, pero teníamos nuestras dudas acerca de qué sucedería cuando tuviera sobre la espalda la responsabilidad completa de las decisiones directivas y operativas de semejante agrupación. Pero él estaba decidido y no me permitió que hablara con mi papá para ver si conseguía que le diera cierta libertad adicional o algún otro beneficio que lo hiciera comprender que, a la larga, ya que el viejo no sería eterno, *El Faro Nacional* sería para nosotros.

Me sentí muy defraudada. Gracias a mi papá había aprendido los puntos finos del negocio y ahora le correspondía largándose a la competencia. Y Leo ya hubiera querido ser como el gran Eugenio Merino, al que no le llegaba a los talones. Me enojaba que en vez de aprovechar la oportunidad de continuar aprendiendo el oficio de alguien como él, se sintiera anulado bajo su sombra y optara por abandonar el barco antes que encarar el reto de conquistar el respeto de mi papá.

Aunque lo negó, asegurando que era un ofrecimiento súbito, yo estaba convencida de que había preparado aquello por un buen tiempo, como ya una vez lo había hecho cuando quiso lanzar por su cuenta una revista, que tal y como mi papá profetizó, resultó un fracaso. Luego debió volver con el rabo entre las patas y mi papá se la cobró dándole por una temporada un puesto inferior

al que tenía antes. A sus espaldas me daba dinero para compensar la pérdida económica para la familia, pero me prohibió decírselo porque aseguraba que aquello era, según sus propias palabras, «la manera de convertirlo en hombre».

Leo se entregó en cuerpo y alma a su nuevo proyecto y cada vez lo veía menos. Mi papá estaba muy sentido con él y no desperdiciaba la oportunidad de insinuarme que me divorciara. Yo intentaba convencerme de que lo seguía queriendo y no sabía qué hacer. Nuestra vida de pareja era casi inexistente y los niños crecían sin mucha convivencia paterna, pero su repentino éxito económico y profesional parecía eclipsarlo todo. Al menos por un tiempo, hasta que cada vez me resultaba más evidente que me engañaba con un sinfín de mujeres que eran mucho más jóvenes y bonitas que yo.

Mi manera de sobrellevar la situación, además de evitar contarle mis inquietudes a papá, consistía en evadirme y salir con mis amigas. En aquel tiempo Natalia era una de las más cercanas y mis reuniones con ella eran cada vez más frecuentes, hasta que, al verme decaída, me invitó a que la acompañara a su casa de Cuernavaca para pasar el fin de semana juntas.

Durante esos tres días platicamos, nos asoleamos, nos contamos chismes e intimidades. Ya para el sábado en la noche, ella sabía con puntos y comas mi situación con Leonardo, mi tristeza ante sus infidelidades, la tensión que vivía al convertirme en la intermediaria de las fricciones entre mi papá y él y mi franco malestar por el rumbo que tomaba mi vida.

Cenamos en el jardín y nos tomamos dos botellas de vino. Durante la conversación se mostró atenta y receptiva, pero sobre todo empática con lo que yo vivía. Ya entrada la noche me dijo que no estaba en sus manos ayudarme a resolver mi situación, pero que sí podía ofrecerme algo que, mientras tomaba decisiones importantes, podría servirme de entretenimiento. Fue entonces que me hizo la invitación para formar parte de la Cofradía de Eros.

En esencia, la Cofradía era una organización secreta que ella había fundado un lustro atrás y que controlaba desde entonces.

Su propósito era y es bastante simple, y puede resumirse en cumplir las fantasías eróticas de sus miembros. El mecanismo es en apariencia sencillo: tras pagar una fuerte suma de dinero anual, que en mi caso descontó a la mitad, cada miembro propone con detalle lo que le gustaría hacer, o que le hagan. Natalia lo analiza, plantea ciertas mejoras o cambios que faciliten su realización y, una vez afinados los detalles, ella se encarga de que en efecto suceda, con despliegues de producción impresionantes. Te citan en cierto lugar, sigues el guion establecido y disfrutas de una sesión fantástica de sexo y lujuria de alto voltaje.

Primero pensé que se trataba de una broma, pero no lo era. La Cofradía de Eros en efecto existía y yo era una de las poquísimas personas consideradas para formar parte de ella. La clave, según me confió, estaba en seleccionar con mucho cuidado a los miembros y garantizar que las identidades se preservaran en secreto. «Las máscaras y los maquillajes son un tanto incómodos, lo sé, pero es fundamental que nadie sepa quiénes son los otros».

Para Natalia el estricto anonimato cumplía dos funciones igual de importantes: garantizar la discreción, puesto que muchos de los miembros se reconocerían entre sí al pertenecer al mismo grupo social, y eliminar inhibiciones. Tanto yo como los demás podíamos crear nuestras fantasías como quisiéramos, atrevernos con ideas e impulsos inconfesables sin que nadie nos identificara y con la certeza de que no seríamos juzgados ni se nos reprocharía nada.

La oferta era tentadora, aunque desde luego tenía mis dudas. «¿No será como en la película esa de Tom Cruise?», le pregunté clavándole la mirada. Ella respondió con una sonrisa satisfecha. «Más bien de Kubrick, *Ojos bien cerrados*. Platicado podría parecer que hay semejanzas, pero ya en la práctica no es así. Ésta es una organización creada por una mujer, con el propósito específico de complacer a las mujeres, no de humillarlas».

Conforme me explicó los detalles más específicos, mis reticencias empezaron a desmoronarse, aunque todavía guardaba ciertas

reservas. «Pero soy una mujer casada». Yo estaba ansiosa de probar, pero necesitaba un empujoncito y Natalia no dudó en dármelo. «¿Y eso qué? No te estoy proponiendo que dejes a tu marido. Técnicamente ni siquiera es un engaño, puesto que no lo haces con ninguna persona en particular. Los que te acompañan se limitan a desempeñar un papel diseñado por ti. En esencia no tienes sexo con desconocidos, sino con entes extraídos de tu imaginación que, gracias a la magia de la Cofradía, se materializan. Es como si programaras un sueño, solo que uno muy realista. Eres tú contigo misma. Tus pensamientos convertidos en carne, sudor, saliva y fluidos. Es todo».

Le dije que lo pensaría y, en efecto, no pude hacer otra cosa durante un mes completo. Cuando estuve decidida, nos reunimos para confirmarle que aceptaba su invitación.

«¿Y mi padrino sabe de esto? Me daría muchísima vergüenza que se enterara. Es como mi segundo papá». «La Cofradía es mía y de nadie más. Por el nivel de los miembros y las implicaciones que conlleva, le tuve que contar de su existencia, pero Patricio solo sabe lo que tiene que saber, al grado de que ni es, ni ha sido miembro jamás. Lo único que te puedo asegurar es que no está al tanto de las identidades de nadie, ni tiene que ver con la operación en sí. Se trata de una organización secreta que funciona bajo mi exclusiva supervisión».

En ese mismo momento empezamos a discutir mi fantasía, que habría de llevarse a cabo tres semanas más tarde.

Leonardo Herrera

Tal y como siempre lo hace, durante aquella primera reunión Natalia te habló con absoluta claridad. Había seguido tu trayectoria desde hacía años, sabía que estabas casado con Sandra y que trabajabas para tu suegro. Estaba al tanto de que tras un tímido y fallido intento por independizarte, habías vuelto al periódico en una posición *poco ventajosa*, pero que con dedicación y profesionalismo te habías convertido en su motor. Comprendía también la profunda frustración que te generaba que ni tu suegro ni tu esposa reconocieran tu valor.

Recuerdas con nitidez aquel momento. Tú sentado frente a ella por primera vez. Imposible olvidar aquella mueca entre sensual y divertida con que aguardaba tu respuesta. ¿Qué pensamientos transitaban por tu cabeza? ¿Qué emociones te sacudían? ¿Agitación, asombro, sorpresa? Sin duda, pero sobre todo desconcierto. Que trabajabas en el periódico de tu suegro no era ningún secreto, pero ¿cómo supo lo demás? ¿Acaso tu estado interior se traslucía a través tu rostro, de tu actitud, de los ojos diminutos con que la mirabas?

Entrecruzó los dedos de sus manos largas y blancas sobre la mesa y guardó silencio, ponderando tu reacción. Tú tratabas de no exteriorizar la ebullición que revolvía tu vientre, pero de pronto te sentiste desnudo ante aquellos ojos azules que te penetraban sin que fueras capaz de oponerte.

«La propuesta que te haré te dará una posición sólida, pero también puede acarrearle costos, en especial con Sandra y con tu suegro. Lo que es un hecho es que, si la tomas, ningún miembro de tu familia volverá a mirarte por encima del hombro».

Natalia te observó con ojos fieros. Rompió de nuevo el silencio, aunque no la gravedad del momento. «Si consideras que por alguna razón no te es posible independizarte de tu suegro, lo comprendo y quedamos tan amigos como siempre, pero quiero recordarte que lo que hablaremos deberá quedar en el más absoluto secreto, aceptes o no».

¿No era esto lo que siempre habías querido? ¿No era esto lo que buscabas cuando dejaste el periódico hace unos años para lanzarte en aquella aventura con la revista deportiva que fracasó antes de llegar al sexto número? ¿No estabas convencido de que había sido él, el propio Eugenio Merino, quién bloqueó los patrocinios y la publicidad que tanto necesitabas para que tu proyecto fuera viable? ¿No había llegado el momento de demostrar quién eras? ¿No era ésta la oportunidad dorada con la que tanto habías soñado? Entonces ¿por qué temblabas ante la mera posibilidad de volver a enfrentarlo, de volver a decirle que no lo necesitabas, ni a él ni a su mugroso diario, porque tú serías capaz de salir adelante por ti mismo? «Lo entiendo. Continúe por favor». Te regaló una enorme sonrisa. «Háblame de tú, por favor. A partir de este momento seremos cómplices y con un vínculo semejante no podemos hablarnos de usted». Asentiste complacido.

Te planteó las cosas de manera directa. Todo el mundo sabía que, junto con su marido, era dueña de una cadena de medios de comunicación que incluía periódicos, revistas, estaciones de radio y varios negocios afines, como una agencia de noticias, una agencia de publicidad y una encuestadora, y que estaban entre los más importantes del país. Ahora quería generar una cadena semejante, pero paralela, de la que nadie supiera que era propietaria.

Te explicó que su interés era estratégico y que, si bien sería una cadena autónoma, podría disponer de los espacios y la línea edi-

torial cuando le fuera necesario. Ella pondría el capital para comprar un periódico de circulación nacional que estaba en venta y que utilizarían como punta de lanza del proyecto, junto con un semanario político, una revista de notas de la farándula y hasta un sello editorial, y tú serías el director general del grupo.

Te quedaste estupefacto, pero trataste de disimularlo tomando la ofensiva con la vana intención de intimidarla. «A ver si entiendo... lo que pretendes es crear una segunda cadena de medios, de la que yo sería tu prestanombres y que usarías para manipular a la opinión pública a tu antojo, combinando, según tus necesidades personales, las líneas editoriales del Grupo Comunicación Total y de la nueva. Y yo tendría que aceptar cualquier instrucción que reciba, sin importar el contenido o las implicaciones que esto tenga». Lejos de incomodarse, ella esbozó una sonrisa satisfecha. Se humedeció los labios antes de responderte. «No podría haberlo dicho mejor. Parece que estoy con la persona correcta».

Permaneciste en silencio por unos instantes tratando de evaluar lo que aquella oferta representaría para ti. «¿Y eso no es ilegal?». Ella sonrió divertida. «No puede ser ilegal lo que ni siquiera existe, y el vínculo entre Grupo Comunicación Total y la nueva cadena no existirá. Digamos que será nuestro secreto».

Natalia te dedicó otra sonrisa antes de continuar. «Suena duro escucharlo en los términos en que lo planteaste, pero en México, como en todo del mundo, los medios de comunicación son empresas privadas que buscan ganar mercados, defender sus intereses y obtener utilidades. Para ello desarrollan una línea editorial, abanderan ciertos planteamientos, definen su propia agenda. Todos litigan, gestionan y cabildean desde sus páginas, desde sus encabezados, desde su frecuencia al aire. ¿O vas a decirme que a la oficina de tu suegro nunca ha llamado algún empresario destacado que quiere defender su prestigio o sus utilidades, o algún legislador coludido en proyectos inconfesables ofreciendo negocio a cambio de buena prensa, o incluso el secretario de Gobernación para *sugerir*

la inclusión o el retiro de alguna nota en particular? Como bien sabes, en esos casos evaluamos lo que más favorece a la empresa y decidimos en consecuencia. Y no, nada de eso es técnicamente ilegal. De hecho, poseemos el invaluable amparo de ese diamante de la democracia que se llama libertad de expresión. Por más que los acontecimientos de los que debemos informar puedan parecer objetivos y concretos, las interpretaciones son subjetivas, lo que da un amplio margen para plantear las cosas como mejor convenga. Tienes años en esto y sabes cómo funcionan las cosas. En vez de a tu suegro me tendrás a mí como jefa, solo que con la ventaja de que nadie lo sabrá y ante los ojos del mundo serás la cabeza de un conglomerado de empresas muy respetable. Te otorgaré un grado de autonomía significativo, con lo que, en la práctica, tendrás mucho más poder e influencia del que tienes hoy».

Era cierto. El mundo de los diarios independientes y que defendían la verdad a toda costa no era más que una ilusión estudiantil. No había más vueltas que darle, el ofrecimiento de Natalia era el paraíso en la Tierra. Se presentaba la oportunidad de romper de manera definitiva los vínculos profesionales con tu suegro y no pensabas dejarla pasar.

Natalia interrumpió tus cavilaciones. «Además de la dirección general, recibirás un porcentaje de las acciones del grupo. Obtendrás prestigio, poder y grandes beneficios económicos, pero aparejado con ello viene una enorme responsabilidad. Necesito que tu compromiso sea total y que obedezcas las instrucciones sin cuestionarlas. Digamos que a nivel operativo serás el jefe absoluto, pero en ciertos asuntos, como decía mi mamá, *no te mandarás solo*. Puede parecer reiterativo, pero es indispensable que lo entiendas, porque en los momentos de crisis tu obediencia no podrá estar sujeta a que tenga que darte explicaciones. Una instrucción directa no se cuestiona bajo ninguna circunstancia. La disciplina tendrá que ser tu regla de oro. Si lo haces de ese modo, te auguro una larga y próspera vida profesional. Si necesitas tiempo, piénsalo. Prefiero que lo medites y que si lo tomas, es porque estás convencido».

Su tono de voz no disimulaba la intención de intimidarte; más allá de su feminidad sofisticada y elegante, dejó muy claro quién mandaba. Levantaste la vista de la mesa para perderte en la profundidad de sus ojos azules. «No tengo nada que pensar. Acepto». Natalia te sonrió con el rostro completo y extendió con delicadeza el brazo para que la negociación quedara sellada con un suave apretón de manos. «No te vas a arrepentir. Formaremos un equipo de primera, ya lo verás».

Bruno Dorantes

Una mañana, sobre las diez, mi padrino tocó a la puerta del departamento. Le abrí en pijama y restregándome las lagañas. La noche anterior había terminado de releer por cuarta vez *Rayuela*, de Cortázar, y no apagué la luz hasta bien entrada la madrugada. Al verlo en el umbral, con un traje negro de rayitas, como de gánster, y su mirada pesada y penetrante, supe que algo no andaba bien. De cualquier modo lo recibí efusivo.

Me miró de arriba abajo con una mezcla de tristeza y desilusión. «¿Te agarré todavía dormido?». «Es que estuve trabajando hasta tarde». «¿Trabajando hasta tarde? Tienes una idea un tanto extraña del concepto *trabajar*». «Los escritores trabajamos así». «Déjate de pendejadas, mijo. Los escritores escriben, y más aún, publican, los leen, les pagan por ese *trabajo*», hizo en el aire el símbolo de comillas. «Cuando eso te pase, me callo el hocico, pero mientras tanto no eres más que un pinche güevón sin oficio ni beneficio».

Entró al departamento y echó una ojeada alrededor. Al menos le gustaba que mantuviera el lugar ordenado. En las tres paredes que franqueaban la ventana habían entrepaños de madera blanca, y, descansando sobre ellos, los libros acechaban con actitud de suficiencia. Luego caminó hasta el sillón de dos plazas y se sentó en medio, apoyando los glúteos apenas en la orilla del cojín y los codos sobre las rodillas.

«A ver mijo, ¿cuántos años tienes?». «Veintisiete». «¿Y como pa' cuándo piensas hacer algo con tu vida?». «Ya lo hago, padrino, estoy escribiendo mi primera novela». «Eso llevas haciendo los últimos dos años. ¿Pa' cuándo calculas que la tendrás terminada?». «Pues, es difícil saberlo. La inspiración no siempre aparece cuando uno la busca». «Por eso, mientras esperamos a que llegue, te vas a poner a trabajar». «Pero padrino...». «No te estoy preguntando, mijo. Si quieres seguir teniendo todo esto», levantó el índice de la mano derecha y lo hizo girar en sentido opuesto a las manecillas del reloj, «necesitas hacer algo productivo. Ya estuvo bueno de echar la güeva, ¿no te parece?».

Me quedé en silencio con la mirada en el piso. No podía disimular que aquella era una noticia terrible. El empleo que mi padrino pretendía obligarme a tomar aniquilaría lo poco que me quedaba de creatividad.

«No pongas esa cara, que no se murió nadie. Te vas a presentar mañana en las oficinas del periódico *El Faro Nacional* y vas a preguntar por Eugenio Merino. Ya hablé con él y te va a abrir un espacio en la redacción. Vas a empezar desde abajo, así que tu sueldo va a ser una mierda. Ni modo, así son las cosas en la vida real. Si no quieres que deje de pagar la renta y de depositarte tu mesada, tómalo con seriedad, ¿okey? Poco a poco vas a ir subiendo hasta que no me necesites y te las arregles por ti mismo. Es lo que hacen los pinches adultos... no te vendrá mal hacerlo tú también».

No tuve más remedio que acatar las órdenes. En el fondo me sentí dolido. Patricio Lavín era uno de los hombres más poderosos en el negocio de la información en México. Era propietario de un grupo de medios enorme y, sin embargo, a mí me había conseguido un empleo de nivel paupérrimo en la competencia. Como si con aquella vacante pretendiera asegurarse de que nunca nadie supiera del vínculo entre nosotros.

Mi padrino se fue sin decir nada más. Me quedé desolado. Necesitaba apoyo y decidí bajar a contarle a Jano lo que me acababa

de pasar. Jano era mi mejor amigo —mi único amigo, si soy honesto—. Vivía en el departamento justo abajo del mío hasta que lo mataron por mi culpa. Nos conocimos unos años antes, en un diplomado de creación literaria que tomé por instrucciones de mi padrino. Me obligó diciéndome que si quería ser escritor, debía recibir la instrucción básica. Más allá de que el argumento tenía su punto, no estaba pidiendo mi opinión. Cuando Patricio Lavín daba una orden, no había demasiado espacio para la democracia, así que me inscribí y empecé con las clases.

Para Jano ese curso era un mero entretenimiento que abandonó antes de terminar el primer semestre. No cuestioné sus razones para tomarlo, aunque años después las entendí. En aquellos primeros tiempos aseguró que le fascinaba leer y que soñaba con escribir un libro de poesía. Ahora, al recordarlo, me río de mí mismo por ingenuo. Cómo pude creer semejante disparate, cuando jamás lo vi con un libro en la mano y no era capaz de articular una frase con auténtico sentido estético. A pesar de eso me gustaba ser su amigo y me seducía su talento con las computadoras. Era capaz de hacer cualquier cosa con ellas, conocía cada resquicio de los cerebros cibernéticos y su trabajo —al menos eso me dijo entonces y también le creí— estaba enfocado en el diseño y administración de páginas web, entre muchos otros servicios digitales.

Hicimos clic enseguida porque en cierta forma éramos almas gemelas, aunque suene cursi. Yo era un aprendiz de escritor y él un genio de la informática, pero ambos éramos una nulidad para las relaciones sociales, así que comenzamos a pasar mucho tiempo juntos y, cuando por fin mi padrino me autorizó a que me independizara, Jano me ayudó a conseguir un departamento en su edificio.

Los primeros años fueron geniales. Ambos trabajábamos en casa, así que casi diario nos veíamos para tomar una cerveza, jugar videojuegos —en los que por obvias razones Jano siempre me ganaba—, o escaparnos al cine y cenar tacos después.

Aquella felicidad idílica se rompió cuando mi padrino me obligó a presentarme en la redacción de *El Faro Nacional*. Como ya

dije, su visita me dejó devastado, así que en cuanto se fue, bajé a contarle a Jano. En esa ocasión no fue demasiado empático con mi sufrimiento y me habló sin apenas levantar la vista del monitor de una de las tres computadoras que tenía enfrente. «No, pus' qué poca del don Patricio... cómo se atreve... hacerte trabajar en esas cosas tan mundanas, a ti, que ibas derecho al Nobel... son chingaderas. Solo Dios sabe de qué clase de maravillas literarias acaba de privar a la humanidad».

De golpe, como esas cajas fuertes que aplastan a los personajes de las caricaturas, me cayó encima lo ridículo de mi queja. Me derrumbé en el sillón de la sala y permanecí en silencio por más de una hora mientras él tecleaba y tecleaba sin prestarme la mínima atención. Justo lo que debía estar haciendo yo, puesto que se suponía que era escritor.

Tal y como mi padrino me indicó, al día siguiente me presenté en las oficinas de don Eugenio Merino y empecé con mi nuevo trabajo. Luego de tres meses, en los que fui poco más que recadero, me nombraron asistente de Leonardo Herrera, director editorial. Este cambio fue importantísimo para mí, porque gracias a él pude involucrarme en montones de asuntos cada día, con lo cual no me daba tiempo de aburrirme ni de fantasear con proyectos literarios que de cualquier modo jamás tomarían forma.

Dentro de mis funciones estaban coordinar las juntas de la dirección editorial con los reporteros, revisar los textos antes de mandar a impresión para evitar errores tipográficos y de ortografía, compaginar entrevistas, dar seguimiento a las investigaciones en curso de los reporteros principales, revisar lo que publicaban los otros diarios; en fin, un poco de todo.

Con el paso de los meses me fui ganando la confianza de Leonardo Herrera, y cuando decidió emigrar a otro proyecto informativo donde sería la cabeza, me invitó para que lo acompañara como su asistente personal. Esto implicaba un importante aumento de mis responsabilidades, pero también de mis ingresos.

Por primera vez me sentí orgulloso de mí mismo. Resultó que hacer algo productivo no era tan malo. Tenía un trabajo que disfrutaba y además pude redecorar mi departamento y comprarme un coche de segunda mano, sin tener que pedirle nada a mi padrino. Pero aquella nueva realidad también despertó en mí una ambición desconocida hasta entonces. De haber soñado siempre con ser un novelista bohemio y solitario, pasé a imaginarme como un directivo de medios, próspero, reconocido y poderoso.

El ejemplo a seguir lo tenía en mi propio jefe, a quien cada día admiraba más. Era apenas dos o tres años mayor que yo y subía como la espuma. Veía en Leonardo a ese hombre valiente y visionario que había sido capaz de abandonar lo seguro y conocido del negocio familiar para asumir grandes riesgos y explorar nuevas posibilidades.

Sandra Merino

En mi primera fantasía como miembro de la Cofradía de Eros, tuve sexo sobre el escritorio de mi oficina con un antiguo asistente de redacción. En la vida real se trataba de un hombre un poco más joven que yo, de estatura media, delgado e introvertido, que estuvo en el periódico menos de un año y que se encargaba de complementar cualquier tarea o pendiente previo al cierre de edición. Bruno, así se llamaba. Carecía por completo de experiencia, pero resultó ser un trabajador responsable y capaz. Leonardo no tardó en adoptarlo como su brazo derecho. Al final, cuando se fue a su propio proyecto, se lo llevó como su asistente.

No tengo idea por qué, ya que no era tan guapo, pero aparecía de manera constante en mi cabeza y con frecuencia fantaseaba con él. Me gustaba su barbita de cuatro días, su manera desgarbada de caminar, sus suéteres enormes. Por alguna razón, me excitaba casi hasta el orgasmo ver cómo movía sus manos grandes, de dedos largos y nudillos prominentes.

Mientras estuvo en el periódico, cada que podía lo visitaba en su despacho para cualquier cosa. Le sonreía, le coqueteaba, pero él jamás hizo nada por acercarse a mí, y yo tampoco a él. Era solo un juego, una travesura, un deseo platónico, pero muy apropiado para representarlo en el ambiente imaginario que me había propuesto Natalia.

El día que realizamos la fantasía yo estaba entre ansiosa y aterrada. No dejaba de preguntarme cómo sería. Sonaba al mismo tiempo atractivo y descabellado. Yo le había platicado con detalle a Natalia en qué consistía mi deseo y ella, luego de tomar notas y hacerme decenas de preguntas, me aseguró que lo reproduciría con una exactitud que me dejaría boquiabierta. En eso no mintió.

Llegué a la casa a la que me citaron. Iba vestida tal y como voy al periódico, con un traje sastre muy entallado y elegante. Natalia me había dado dos alternativas para mantener el anonimato. O bien podía usar una peluca y una máscara de seda color vino que me cubriría desde la frente hasta la nariz, o, además de la peluca, someterme a un maquillaje especial que hacía imposible diferenciar los rasgos verdaderos de las figuras superpuestas en ellos. Yo opté por el maquillaje, porque, a pesar de que eso implicaba llegar dos horas antes, detestaba la idea de usar una tela sobre la cara.

Una vez lista me pasaron al interior de la casa y me llevaron a una habitación que me dejó perpleja. Habían reproducido milímetro a milímetro mi despacho del periódico, al grado de que, a primera vista, de verdad sentí estar ahí. Desde luego que todo era de utilería y, fijándose un poco, los papeles y los detalles personales no eran los míos, pero sin duda, en una visión general, cumplía su propósito.

Me senté a esperar que la fantasía comenzara y fingí que revisaba documentos en mi escritorio. A los pocos minutos un hombre de complexión idéntica a Bruno, pero con un antifaz de seda cubriéndole buena parte del rostro, tocó mi puerta. «¿Puedo hablar con usted?». «Desde luego, pásale». Y cerró tras de sí. El verdadero Bruno siempre se dirigía a mí de usted y se sentaba muy formalito en alguna de las dos sillas que estaban frente a mí. Pero esta versión del joven rodeó el escritorio para colocarse a mi lado y mostrarme un supuesto anónimo que había llegado a la redacción esa misma mañana.

De nuevo me quedé boquiabierta. Se trataba de un sobre con varias fotografías. Se suponía que la mujer que las protagonizaba era yo, desnuda y teniendo sexo con un hombre que jamás había visto en mi vida. Era sin duda un fotomontaje donde mi rostro aparecía pixelado, pero de una calidad increíble. De habérmelas presentado en otro contexto, habría dudado de su autenticidad.

«Acaban de llegar. Nos piden un millón de pesos para no hacerlas públicas. En cuanto me las entregaron quise que usted las viera primero. Su marido aún no sabe nada». Miré al doble de Bruno imaginando cómo sería que aquello de verdad sucediera. Me pregunté qué me gustaría decirle, y lo hice. «¿Un millón de pesos? ¿Y tú crees que lo valgan?». Le sonreí con coquetería y él me miró nervioso. «Pues no lo sé, supongo que a su esposo no le hará gracia verla así...». «¿Así como?». «Desnuda». «¿Y tú crees que nunca me ha visto desnuda?». «Bueno, me refiero... usted me entiende, al lado de otra persona». La imitación era perfecta. Sin duda habían contactado a Bruno y hablado con él. Reproducía al pie de la letra sus inflexiones de voz, su tartamudeo tímido, sus movimientos nerviosos y su aparente fragilidad.

«Pero tú qué opinas». «Pues que quizá no el millón, pero sería adecuado hacer una oferta para tratar de comprarlas antes de que más gente las vea». «No, Bruno, mi pregunta es qué opinas tú de las fotos. ¿Te gustan?». Tragó saliva y las miró atento por unos segundos, como si intentara buscar en su cerebro las palabras adecuadas. «Pues sí, señora, de que me gustan, me gustan». «¿Qué parte te gusta más?». Tomé su mano y la conduje hasta mi pecho. «¿Quizá los senos...?». Él empezó a acariciarme con suavidad vacilante. Le tomé la otra mano y la llevé hasta mi entrepierna. «¿O tal vez mi sexo...?».

Para ese momento yo ardía de excitación. «Señora, nos pueden descubrir... quizá luego podamos salir a tomar una copa». Su torpeza era insoportable, lo que me excitaba aún más porque lo sentía un juguete a mi disposición. «Si lo que quieres es beber algo, lo

puedes beber aquí». Lo obligué a recostarse sobre la alfombra, me quité el pantalón y la tanga y me senté sobre su rostro. Me masturbé hasta alcanzar el orgasmo y sentí cómo mi líquido íntimo escurrió por mis muslos. Él recogió cada gota con la lengua, mientras sus manos, ahora sí hábiles, me acariciaban los pechos y daban suaves y sensuales pellizcos en mis pezones.

Tuvimos sexo en cada rincón de la oficina y terminamos yo recostada sobre mis papeles en el escritorio, y él penetrándome de pie. Eyaculó sobre mi vientre y yo jugueteé con su semen entre los dedos mientras lo miraba a los ojos. No tardó en meterse de nuevo en el papel del hombre cohibido, que se subía los pantalones casi sin poder controlar sus movimientos. «Perdóneme, señora, de verdad... no sé qué me pasó. Si su marido se entera...». Y yo lo miré divertida mientras abandonaba mi despacho sin saber cómo reaccionar o dónde ocultarse.

La fantasía terminó. Había disfrutado de una tarde magnífica y liberadora, pero sin las posibles consecuencias de haberlo intentado en la realidad. Me quedé tendida por un momento, jugando con aquel líquido cálido, cuando alguien tocó a la puerta y entró. Me incorporé sobresaltada, pero me relajé al comprobar que se trataba de Natalia.

Rodeó el escritorio y se quedó de pie frente a mí, observándome. «Eres una mujer espléndida». Me intimidó un poco. Por un momento pensé que intentaría tocarme o besarme. Mi excitación era tal que se lo hubiera permitido. Se sentó en el sillón ejecutivo en el que en teoría yo solía despachar. Por unos instantes se dedicó a observar mi cuerpo desnudo con una mirada voluptuosa. «Dime, Sandy, ¿qué te pareció? ¿Correspondió con lo prometido o te quedamos a deber?». Yo intentaba disimular mi respiración agitada. «Te volaste la barda. ¿Cómo puedes hacer esto, la oficina, el parecido físico con Bruno, la imitación perfecta de sus actitudes?». «Te dije que la Cofradía era una experiencia inigualable. Ahora espero que también colabores en las fantasías de otros». «¿De otros?». «La

Cofradía es una comunidad autosustentable. No se contrata a nadie externo para llevar a cabo las fantasías, todo lo realizamos entre los propios miembros. Quien interpretó al asistente de tu marido es alguien igual que tú. Por su parecido físico le ofrecí esta sesión y la aceptó. Tú puedes hacer lo mismo. Cuando haya fantasías de otros miembros en las que encajes, te las voy a mandar para que participes en las que quieras. La idea es ayudarnos unos a otros, como una auténtica comunidad, y de paso divertirnos».

Aquella fue la primera de muchas fantasías, propias y ajenas, en las que participé durante los siguientes dos años. Luego de ese tiempo el sistema empezó a parecerme monótono. Algo dentro de mí se fue desencantando poco a poco y mis participaciones fueron cada vez más esporádicas. El deseo y la emoción que había experimentado en los primeros meses se diluyó hasta quedarme un sabor de boca rancio y metálico. Quizá esto se debió a que, mientras mi vida de fantasía era intensa y excitante, mi vida real caía en un tobogán de hastío y aburrimiento que parecía no tener fin.